

ella su misericordia y se congratulaban con ella. Aconteció que al octavo día vinieron á circuncidar al niño y le llamaban el nombre de su padre Zacarías. Respondiendo su madre dijo: «De ningún modo sino Juan será llamado.» Le dijeron: «Nadie hay en tu linaje que se llame con este nombre.» Preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se le llamase. Pidiendo una tableta escribió, diciendo: «Juan es su nombre.» Y se maravillaron todos. Luego fué abierta su boca y su lengua y hablaba bendiciendo á Dios. Vino temor sobre todos los vecinos de ellos y se estendieron todas estas cosas por todas las montañas de Judea. Todos los que las oían las conservaban en su corazón diciendo: ¿Quién pensáis que será este niño? Porque la mano del Señor era con él. Zacarías su padre fué lleno de Espíritu Santo y profetizó diciendo: *Benedictus Dominus Deus Israel*, etc. (San Lucas. C. I.)

«Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo;

»Y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David su siervo;

»Según lo tenía anunciado por boca de sus santos profetas, que han florecido en todos los siglos pasados;

»Para librarnos de nuestros enemigos y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen;

»Ejerciendo su misericordia con nuestros padres y teniendo presente su alianza santa;

»Conforme al juramento con que juró á nuestro padre Abraham que nos otorgaría la gracia

»De que, libertados de las manos de nuestros enemigos, la sirvamos sin temor,

»Con verdadera santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida.

»Y tú ¡oh niño! tú serás llamado el Profeta del Altísimo; porque irás delante del Señor á preparar sus caminos,

»Enseñando la ciencia de la salvación á su pueblo, para que obtenga el perdón de sus pecados,

»Por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese Sol naciente, que ha venido á visitarnos de lo alto del cielo,

»Para alumbrar á los que ya ven en las tinieblas y en la sombra de la muerte: para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz.»

Mientras tanto el niño iba creciendo y se fortalecía en el espíritu.

Entre los cuadros que adornan la iglesia de los padres franciscanos, el que representa á San Juan en el desierto es atribuido á Murillo. El

altar mayor está dedicado á Zacarías, padre del Bautista, y á ambos lados se ven en mármol y de tamaño natural las imágenes de San Francisco de Asís y Santa Clara. Existe á la derecha una capilla consagrada á la Visitación de la Santísima Virgen á Santa Isabel; al lado izquierdo una escalera de siete peldaños de mármol conduce á la capilla subterránea donde nació el Santo Precursor en el sitio indicado por una abertura redonda practicada en el mármol del altar. Cinco bajo-relieves, también en mármol, representan los principales sucesos de la vida de San Juan, como son la Visitación de María, el nacimiento del Santo, su predicación en el desierto, el bautismo por él conferido á Nuestro Señor Jesucristo y finalmente su degollación. Estas esculturas son muy celebradas y fueron regalo del rey de Nápoles. Seis lámparas que no se apagan nunca, difunden suave luz en aquella cripta que no recibe otra y es designada con el nombre de Santuario de la Natividad de San Juan Bautista.

El bello cuadro que hay en el altar representando la Natividad de San Juan es de la escuela española.

Este altar vese visitado todos los días por los Padres procesionalmente, piadosa costumbre que practican en los principales santuarios de la Tierra Santa.

Hemos dicho algo de la devastación y profanación de los infieles de la iglesia de los Padres, digamos algo de su fundación y de la serie de atropellos de que ha sido objeto, lo cual justifica la fama de la ferocidad que tienen los árabes de aquellos alrededores.

La fundación primitiva de la iglesia se atribuye, aunque sin testimonios que lo acrediten, á la augusta madre del emperador Constantino; sábese únicamente que Cosroes la destruyó y que, reedificada después, fué mencionada por muchos peregrinos en el siglo XII y XIII. Abandonada por los cristianos vencidos, sirvió por dilatados años de cuadra para ganado del pueblo, hasta que en el año 1579 obtuvieron su propiedad los Padres de San Francisco, los cuales no habitaron todavía allí, limitándose á ir cada año de Jerusalén á celebrar misa en el santuario el día de la Natividad del Santo. Transcurrido algún tiempo volvió la iglesia en poder de los musulmanes, y en 1621 el Rdo. P. Tomás de Navarra, custodio de Tierra Santa, consiguió con grandes esfuerzos y una crecida suma recobrarla junto con el terreno á ella inmediato, donde se comenzó la obra del convento, pero otra vez los habitantes de Ain-Karim la hicieron suya, y de nuevo la convirtieron en establo y caballeriza hasta que en el año 1672 las reclamaciones del embajador francés de Constantinopla alcanzaron á los Franciscanos la

posesión del venerable Santuario. Empleáronse entonces en su reparación y en las obras del convento y hospedería crecidas sumas; mas en 1679 hubieron aquéllos de retirarse nuevamente y aguardar aún algunos años antes de quedar dueños definitivamente de lo que era suyo. Finalmente en 1693 emprendieron nuevas obras en el claustro y embellecieron la iglesia.

Atravesando colinas cubiertas de viñas; contemplando no pocas veces el viajero que muchas gacelas, al verle, huyen corriendo, impresión doblemente agradable encontrar un animal tan inofensivo como precioso en aquellas agrestes y desiertas comarcas, una vez ha transpuesto la montaña, ve en la pendiente de una colina el villorrio llamado por los cristianos San Juan del Monte. A una milla de distancia y á la derecha del camino se encuentran unas notables ruinas: eran la casa donde moraba Santa Isabel cuando fué á visitarla la Santísima Virgen. Abramos el Evangelio y leeremos lo que sigue: «En aquellos días levantándose María, fué con priesa á la montaña, á una ciudad de Judá.

»Y entró en casa de Zacarías y saludó á Isabel.

»Y cuando Isabel oyó la salutación de María, la criatura dió saltos en su vientre. Y fué llena Isabel del Espíritu Santo.

»Y exclamó en alta voz y dijo: *Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.*

»¿Y de dónde esto á mí, que la madre de mi Señor venga á mí?

»Porque he aquí luego que llegó la voz de tu salutación á mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.

»Y bienaventurada la que creíste, porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor.»

Entonces en un transporte de júbilo la Santísima Virgen ensalzó las grandes cosas que el Señor había obrado en ella, elevando á Dios el cántico más admirable que jamás ha llegado al trono del Altísimo: *Magnificat anima mea Dominum, etc.*

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu es arrebatado de alegría en Dios mi Salvador.

»Porque ha considerado la humildad de su siervo, he aquí que todas las generaciones me llamarán *Bienaventurada.*

»Porque ha hecho para mí grandes cosas Aquel que es poderoso y su nombre es Santo.

»Y su misericordia se extiende de generación en generación á todos aquellos que le temen.

»Ha desplegado la fuerza de su brazo; ha deshecho en los soberbios enorgullecidos los pensamientos de su corazón.

»Destronó á los poderosos y ensalzó á los humildes.

»Colmó de bienes á los ambrientos, y empobreció á los que se hallaban en la abundancia.

»Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

»Según habló á nuestros padres, á Abraham y á su posteridad por los siglos.»

Después de rezar de rodillas y con toda la devoción que seamos capaces el himno de la Santísima Virgen, en el umbral de la santa casa, en el mismo sitio donde por primera vez había sido pronunciado por la que todos los siglos ha proclamado *Bienaventurada*, visitemos las ruinas que nos rodean. ¡Con qué pesar se nota el estado de completa incuria en que se halla un lugar tan venerable! Poco queda, á no ser ruinas, de los edificios levantados en memoria de tan tiernas escenas. En el siglo XII los Cruzados reconstruyeron la iglesia de la Visitación y junto á ella un convento, morada de religiosas; del último sólo restan algunas bóvedas y parte de los muros del recinto, con las ventanas en forma de saeteras. ¡Cuán oportuno sería edificar allí un convento de monjas de la Visitación, para que honrasen constantemente á María Santísima y á la prima Santa Isabel!

La iglesia quedaba reducida hace unos veinticinco años á una demantelada capilla, á la que cada año el día de la Visitación iban los Padres á celebrar misa. En el mes de febrero de 1860, después de copiosa lluvia se desplomó casi por completo, y cuando á poco se emprendió la reedificación del antiguo Santuario, descubrióse, al separar los escombros, que la peña en que se apoyaba estaba hueca y que en ella existía una capilla formada en parte por la misma roca y en parte por gruesas paredes sobre las que descansaba la capilla superior. Una y otra han sido restauradas y corresponden á otros tantos pisos de que constaría la casa de Zacarías, testigo el uno de la entrevista de la Virgen y Santa Isabel y el otro de la circuncisión de San Juan.

La quinta del sacerdote Zacarías está aislada en la pendiente de una peñascosa colina y rodeada de olivos con un vallejo lateral, plantado de olivos y vides, que se extiende por un declive suave, en el hondo valle de Terebinto. En la colina de enfrente vense varios sepulcros antiguos abiertos en la peña, muy bien conservados, aunque sin adornos. A la derecha, un poco hacia la eminencia, existe la aldea de San Juan, aglomeración de miserables cabañas agrupadas en torno del convento latino edificado sobre la casa de Zacarías; rodeado de cipreses y otros árboles álzase macizo como un fuerte que domina á un pueblo árabe.

Entre los huecos abovedados en la peña hay uno que indica, según

la tradición, el lugar en que el niño Juan fué escondido para librarle de las pesquisas de los satélites de Herodes.

En torno se conservan aún algunos arcos, murallas y un torreón, restos de su antiguo convento católico, y en un patio circuido de ruinas existe una cisterna en la que se recogen las aguas de excelente y abundante manantial, y lleva el nombre de Pozo de Santa Isabel.

Cerca de este Santuario poseían las Damas de Sión, hará unos veinticinco años, un establecimiento llamado Huerfanato de las Damas de Sión, en que daban educación á treinta huérfanas, naturales casi todas del Líbano. Fué fundado en Ain-Karim por el P. Antonio de Ratisbona, riquísimo judío convertido del judaísmo á nuestra sacrosanta religión el 20 de enero de 1842, en la iglesia de San Andrés *Delle Fratte* de Roma, ante la sagrada imagen de la Purísima y después sacerdote católico.

El Precursor no vivió mucho en la casa paterna, y á poco la dejó por el yermo, retirándose á vivir en solitaria cueva distante unos cuatro kilómetros hacia el Oeste, y por esto para los cristianos lleva Ain-Karim por otro nombre el de San Juan del Desierto. La venerada cueva está situada en lo alto de una colina muy escarpada, mirando al Noroeste y dominando el valle de Terebinto. Es bastante pesado subir á ella, pero cuando uno está dentro, la encuentra tan á propósito para el destino que tuvo, para la vida eremítica, que la cree obra del hombre y se siente tentado á vivir en ella. Es una celda natural, de diez á doce pies de largo por seis de ancho. En el fondo, con planchas de mármol, se ha erigido un altar por el patriarca latino de Jerusalén monseñor Valerga sobre el banco de roca que, según tradición, sirvió de lecho al Santo Precursor. Por el lado occidental recibe luz de dos aberturas practicadas en la peña, la una muy angosta y á modo de saetera y la otra mayor y cuadrada, que sirve de puerta, teniendo como vestíbulo una especie de balcón sin antepecho, desde el cual se domina el profundo barranco del Terebinto, llamado en aquel punto Ued-es-Sathaf á causa de la aldea del propio nombre situada en la ladera del inmediato monte. Una fuente cristalina, Ain-el-Habis, brota de entre las rocas, y después de formar un pequeño remanso delante de la cueva, corre hacia el valle dejando á su paso verde cinta de hierba. Allí mismo se ven las ruinas de un edificio que fué quizás un santuario y sus accesorios, les da sombra algunos frondosos algarrobos; créese que el santo se alimentó con el fruto de este árbol al igual de lo que practican aún los pobres en Africa y en todo el Oriente, y de esto procede que llamen los alemanes árbol del pan de San Juan al algarrobo.

En aquel agreste sitio pasó su infancia el Santo Precursor en admirable existencia de privaciones y aislamiento hasta el día de su manifestación á Israel. Refiriéndose á él dice el Evangelio: «Y el niño crecía y era fortificado en espíritu: y *estuvo en los desiertos* hasta el día que se manifestó á Israel.» Después predicó y bautizó en el desierto y en las riberas del Jordán. Pero los Santos Padres han admitido que desde su infancia huyó de los lugares habitados para retirarse al desierto, «donde, dice Orígenes, el aire es más puro, el cielo más despejado y Dios más familiar.» A este propósito Bossuet escribe lo siguiente: «Este hombre desde su niñez, con su retiro y prodigioso silencio lleva un sorprendente método de vida; no viste más que un tosco cilicio de camelote; cinturón poco cómodo y agradable ciertamente; se alimenta de langostas, sin que se nos diga cómo las preparaba para comerlas y de miel silvestre; y sólo bebía agua pura. El desierto se lo proporcionaba todo y sin tener que acudir para nada á las ciudades y aldeas, no estaba en relación con los malos cuyos vicios reprendía y cuyos escándalos refrenaba.»

Casi todo el pueblo judío creía, según una antigua profecía, que la vuelta del profeta Elías había de preceder á la venida del Mesías, preparando su camino. Esta esperanza se realizó, pues reapareció Elías en espíritu en la persona de Juan, precursor del Mesías.

En el quindicimo año del reinado de Tiberio y bajo el gobierno de Poncio Pilatos, presidente de Judea, fué cuando Juan, á la sazón de treinta años, apareció en Israel como doctor y maestro, siguiendo la antigua costumbre de los judíos. Vino, como había sido denunciado, á predicar en un lugar desierto cerca del Jordán. Su vida era austera y penitente; grave y profunda su palabra; iba exclamando por todas partes: «Haced penitencia, que ya se acerca el reino del cielo; no conocéis al que está en medio de vosotros: él viene detrás de mí, pero es primero y mayor que yo; ya está la guadaña en la raíz del árbol; todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego.» Y Juan, para iniciar al pueblo en los misterios del Señor, le bautizaba con agua sirviéndose de un rito sensible, de una ablución material y simbólica, que, administrado á los judíos, era el anuncio de aquella purificación interior y espiritual de que tenía necesidad la nación entera, para entrar dignamente en el reino del Mesías.

Juan anunciaba el reino del Mesías, no como un reino temporal, según era la creencia de la masa del pueblo, sino como una institución moral y religiosa. Sin tener en cuenta la filiación carnal de los hijos de Abrahán, sólo á los que cambiaron de costumbres prometía la par-